

gún caso la dignidad de su rango, que siempre ha de mostrarse en cuantas cosas haga y en cuantos asuntos intervenga.

CAPÍTULO XXII

De los secretarios de los príncipes.

No carece de importancia para un príncipe la elección de secretario, que es ó no es bueno, según la prudencia de su señor. Lo que primeramente sirve para formar juicio del príncipe y de su entendimiento, es ver de qué hombres se rodea, y cuando son capaces y fieles se le tiene por sabio, porque supo escogerlos y sabe mantener su fidelidad. Si son de otra manera, el juicio que se forme del príncipe no le favorecerá.

Cuantos conocían á Antonio de Venafro, ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, estimaban á éste como hombre prudentísimo á causa del secretario que había elegido. Porque la comprensión humana es de tres clases: unos disciernen por sí mismos, otros comprenden lo que se les demuestra, y otros no entienden por sí ni por ajena demostración. Los primeros son sobresalientes, los segundos buenos, y los terceros inútiles. Si Pandolfo no pertenecía á la primera clase, necesariamente era de la segunda, porque siempre que uno tenga bastante discernimiento para distinguir el bien del mal que otro haga ó diga, aunque le falte genio, conoce las obras buenas y las malas del ministro, premia las unas y corrige las otras, y, por su parte, el ministro, como no espera poder engañar al príncipe, tiene que portarse bien.

Hay un medio infalible para que el príncipe conozca á su ministro. Cuando le veas pensar más en sí que en

ti, y que en todos sus actos procura su utilidad, no es buen ministro ni puedes fiarte de él, porque quien tiene en sus manos la gobernación de un Estado jamás debe pensar en sí, sino en el príncipe, ni recordar á éste lo que no sea propio de su rango. Por su parte, el príncipe, para conservar al ministro bueno, debe honrarlo, enriquecerlo, hacérselo agradecido á fuerza de concederle honores y cargos, para que la abundancia de dignidades y riquezas ocasione que no desee más, y la de cargos le hagan temer algún cambio, comprendiendo que en este caso no los tendría. Cuando los príncipes y los ministros son de esta índole, pueden confiar unos en otros. En distinto caso, las consecuencias serán siempre para aquéllos y éstos perjudiciales.

CAPÍTULO XXIII

Cómo se debe huir de los aduladores.

No prescindiré de un punto importante y de un error en el cual fácilmente incurren los príncipes, si no son prudentísimos y no tienen buena elección. Refiérome á los aduladores, tan abundantes en las cortes; porque tanto complace á los hombres que les elogien y de tal modo se engañan, que difícilmente se defienden de esta peste, y si quieren defenderse corren peligro de ser despreciados. El único modo de evitar las adulaciones consiste en que los hombres comprendan que no te ofenden diciéndote la verdad; sin embargo, cuando todos pueden decírtela, te faltan al respeto. De aquí que el príncipe prudente deba adoptar un término medio eligiendo en sus Estados hombres sabios, quienes únicamente tengan permiso para decirle la verdad y sólo

respecto á lo que él les pregunte. Conviene no obstante que en todo les consulte y oiga su opinión, determinando después lo que considere más provechoso, y portándose con estos consejeros de modo que todos comprendan lo mucho que le agrada la libertad y franqueza de sus consejos, salvo las críticas de las resoluciones tomadas, por tenacidad en la defensa de la opinión propia. Quien obre de otra suerte, ó lo pierden los aduladores ó, por atender distintos pareceres, cambia frecuentemente de opinión, con descrédito de su persona.

A este propósito presentaré un ejemplo moderno. Decía el clérigo Luc, hablando del actual emperador Maximiliano, su señor, que no se aconsejaba de nadie, ni hacía nada conforme á su propio dictamen; camino completamente opuesto al que acabo de indicar. El Emperador es un hombre reservado; á nadie comunica sus proyectos, no pide parecer á nadie; pero como al empezar á realizarlos se descubren y conocen, los que le rodean empiezan también á contradecirlos, y entonces los modifica ó varía. De aquí que lo hecho en un día lo deshace al siguiente, que no se sepa nunca lo que quiere ó proyecta hacer, y que nadie pueda fiar en sus determinaciones.

El príncipe debe aconsejarse siempre; pero cuando el mismo lo desee, y no cuando lo quieran los demás. Le conviene pues, quitar á éstos la afición á darle consejos que no pida; pero al mismo tiempo pedirlos con largueza y oír pacientemente cuanto á sus preguntas contesten, para que la turbación que el respeto impone no impida á alguno expresar sus opiniones.

Hay quienes suponen que tal ó cual príncipe goza fama de prudente, no por serlo, sino merced á los buenos consejos de los que le rodean; pero, sin duda, se engañan por ser regla sin excepción que, si el príncipe no es inteligente, no puede ser bien aconsejado, salvo

que la suerte le ponga en manos de un hombre prudentísimo que en realidad gobierne en su nombre. En tal caso el reino estará bien gobernado, pero al príncipe no le durará, porque al poco tiempo le será usurpado por el gobernador. El príncipe que no sea sabio, si se aconseja de varios, ni tendrá consejos uniformes, ni sabrá conciliarlos: cada consejero opinará con arreglo á su particular conveniencia, y no podrá distinguir las opiniones aceptables de las que merecen enmienda. Por precisión sucederá así, pues los hombres siempre serán malos si la necesidad no les obliga á ser buenos.

En conclusión: conviene que los buenos consejos, procedan de quien procedan, resulten originales de la prudencia del príncipe, y no que ésta parezca ser resultado de buenos consejos.

CAPÍTULO XXIV

Por qué los príncipes de Italia han perdido sus Estados.

Bien observadas las precedentes reglas, harán que un príncipe nuevo reine en sus Estados con tanta seguridad como si los tuviese por herencia; porque sus actos son mucho más observados que los de uno hereditario, y cuando los súbditos los ven virtuosos, no se atreven contra el soberano; al contrario, les inspira mayor afecto que el príncipe por derecho de sucesión, pues les preocupan mucho más las cosas presentes que las pasadas, y si las presentes son buenas, las aplauden y no buscan variaciones, acudiendo á la defensa del príncipe, mientras observe tan recomendable conducta. De esta suerte logrará la duplicada gloria de fundar una nueva nación, organizándola con nuevas leyes, nuevo

ejército, buenos aliados y buenos ejemplos; como es duplicada la vergüenza del que, siendo príncipe de nacimiento, por su escasa prudencia pierde la soberanía.

Bien examinada la conducta de los señores que en nuestros tiempos han perdido en Italia sus Estados, el rey de Nápoles, el duque de Milán y otros, veráse primeramente que todos han cometido el mismo error respecto al ejército, por los motivos que ampliamente hemos explicado, y además que algunos se habían enemistado con sus pueblos ó, siéndoles éstos fieles, no supieron contener la ambición de los poderosos; porque sin tales faltas no se pierden Estados tan poderosos que pueden mantener un ejército en campaña.

Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro Magno, sino el que fué vencido por Tito Quintio, poseía un Estado poco considerable comparado con la grandeza de Roma y de Grecia. Le atacaron los romanos y los griegos, pero era un buen militar; sabía atraerse el afecto del pueblo y dominar á los nobles, y pudo, por tanto, mantener la guerra muchos años contra griegos y romanos. Si al fin perdió algunas ciudades, quedóle el reino. Pero nuestros príncipes, poseedores durante largos años de sus principados, no deben culpar de haberlos perdido á su mala fortuna, sino á su falta de previsión; porque no habiendo pensado, durante la paz, en los cambios que pudieran ocurrir (por ser común defecto en los hombres no cuidarse en la bonanza de la tempestad), cuando llegaron las adversidades, huyeron en vez de defenderse, esperando que los pueblos, fatigados por la insolencia de los vencedores, les volverían á llamar; buena determinación, sin duda, cuando no hay otra; aunque siempre es muy malo dejar, por éste, los demás remedios; que nunca conviene dejarse caer con la esperanza de que otro nos levantará, lo cual no sucede siempre, ó si ocurre, es expuesto para el caído,

por no serle honrosa la defensa que él no hace. La única buena, segura y duradera, es la que depende de ti y de tu valor.

CAPÍTULO XXV

De lo que influye la fortuna en las cosas humanas y del modo de contrarrestarla, siendo adversa.

Muchos han creído y creen todavía que las cosas de este mundo las dirigen la fortuna y Dios, sin ser dado á la prudencia de los hombres hacer que varíen, ni haber para ellas remedio alguno; de suerte que, siendo inútil preocuparse por lo que ha de suceder, lo mejor es abandonarse á la suerte. En nuestra época han acreditado esta opinión los grandes cambios que se han visto y se ven todos los días, superiores á toda humana previsión. Meditando en ellos me han hecho á veces inclinarme algo en favor de esta creencia; sin embargo, como nuestro libre arbitrio existe, creo que de la fortuna dependa la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja dirigir la otra mitad ó algo menos.

Comparo aquélla con un río de rápida corriente que, cuando sale de madre, inunda la llanura, derriba árboles y casas, arranca terrenos de un sitio y los lleva á otro. Del ímpetu de sus aguas huye todo el mundo, todo cede á su empuje incontrastable, pero esto no impide que al volver á su cauce, los hombres construyan diques y calzadas para preaver, en otras crecidas, las inundaciones y los estragos.

De igual suerte la fortuna demuestra su poder cuando no hay fuerza ordenada que la resista, y con mayor ímpetu donde se sabe que no hay reparo alguno para

contrarrestarla. Echando una mirada á Italia, teatro de tantos trastornos por ella misma provocados, se ve que es tierra sin reparos ni defensas, y que si tuviera los convenientes diques, como Alemania, España y Francia, la inundación no hubiese causado tan grandes variaciones y acaso no habría ocurrido.

Como regla general, es bastante lo dicho para contrarrestar la mala fortuna. Viniendo á los casos particulares, digo que no es raro ver hoy día pasar un príncipe de la prosperidad á la desgracia, sin mudanza alguna en su carácter y fortuna, lo que á mi juicio depende primero de los motivos antes mencionados, es decir, de que fiando el príncipe únicamente en su fortuna, se arruina cuando aquella varía. En mi sentir prospera todo el que procede conforme á la condición de los tiempos, y se pierde el que hace lo contrario. Porque se ve á los hombres proceder de muy diverso modo para alcanzar el fin de sus deseos, la gloria y la fortuna; unos con discernimiento, otros sin meditación; unos apelando á la violencia, otros á la astucia; éstos con calma, aquéllos con impaciencia, y por tan diversos caminos se puede lograr. Suele verse también que de dos que siguen la misma vía, uno consigue su objeto, y el otro no; y que uno con calma y arrebatadamente otro, alcanzan de igual modo su propósito; esto depende de que acomoden ó no sus procedimientos á la condición de los tiempos. De aquí nace, como he dicho, que dos, obrando de distinto modo, logren igual fin, y de dos que hagan lo mismo, uno consiga su propósito y el otro no; de aquí también resultan las variaciones del éxito, porque hay tiempos en que las precauciones y la prudencia son buenas, y al príncipe que usa de ellas le aprovechan; pero si los tiempos cambian y él no varía de conducta, se arruina.

Ningún hombre, por prudente que sea, sabe acomodo-

darse á estas variaciones, bien porque no pueda prescindir de sus naturales inclinaciones, bien porque, habiéndole sido siempre provechoso un procedimiento, no se convenza de que le conviene abandonarlo. Además, el calmoso y reflexivo, cuando importa obrar con presteza, no sabe hacerlo y se pierde. Si se pudiera cambiar de naturaleza como cambian los tiempos y las cosas, no se variaría de fortuna.

El Papa Julio II procedió siempre impetuosamente y fueron los tiempos y las cosas tan adecuados para esta conducta, que todo le salió bien. Véase si no su primera empresa, la que hizo contra Bolonia en vida de Juan Bentivoglio. No satisfacía á los venecianos; los reyes de España y Francia discutían su oportunidad; pero el Papa, con su acostumbrada energía, emprendió personalmente la expedición, cosa que confuvo á España y á los venecianos, á éstos por miedo y á España por el deseo de apoderarse de todo el reino de Nápoles. Además hizo que le ayudara el rey de Francia, quien, en vista de la determinación del Papa, y deseoso de conservar su amistad para humillar á los venecianos, creyó que no podía negarle el apoyo de sus armas sin inferirle grave ofensa.

Realizó, pues, el Papa Julio, con su impetuoso carácter, lo que ningún otro Pontífice con toda la prudencia humana hubiera conseguido, porque si esperara, para salir de Roma, á que todo estuviera bien ordenado y dispuesto, como hubiese hecho cualquier otro Papa, la empresa seguramente fracasara; pues el rey de Francia habría alegado mil excusas y los otros le hubieran puesto mil inconvenientes.

No hablaré de los demás actos de Julio II. Todos son idénticos y todos tuvieron buen éxito, impidiéndole la brevedad de la vida conocer la inconstancia de la fortuna; pues si llegan tiempos en que hubiera sido ne-

cesario proceder con reflexión y calma, su ruina era segura, á causa de no variar los procedimientos á que su carácter le inclinaba.

En conclusión: variando la fortuna, y empeñados los hombres en no cambiar de conducta, prosperan mientras los tiempos están de acuerdo con ésta y, en faltando dicha conformidad, se arruinan. Entiendo que es mejor ser atrevido que circunspecto, porque la fortuna es mujer y, para tenerla dominada, es preciso tratarla sin miramiento, demostrando la experiencia que la vence quien la obliga, no quien la respeta. Como mujer, es siempre amiga de la juventud, porque los jóvenes son con ella menos considerados, más vehementes y más audaces.

CAPÍTULO XXVI

Exhortación para librar á Italia de los bárbaros.

Meditando en cuanto he dicho y discurriendo si los tiempos actuales son á propósito para que un príncipe nuevo, prudente y virtuoso estableciera nuevas instituciones, honrosas para él y buenas para la generalidad de los hombres, entiendo que concurren tantas cosas en favor de esta excelente empresa, que difícilmente podrá realizarse en época más oportuna. Y si era necesario, como antes dije, para apreciar las dotes de Moisés que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto; para conocer la grandeza de ánimo de Cyro que los medos oprimieran á los persas, y para estimar las excelentes condiciones de Teseo, la dispersión en que estaban los atenienses; así al presente para aquilatar el valor de un genio italiano era indispensable que Italia

llegase á la triste situación en que hoy se encuentra, siendo más esclava que los hebreos, más sierva que los persas, estando más dispersos sus habitantes que los atenienses; sin jefe, sin organización, batida, saqueada, destrozada, pisoteada, sufriendo toda clase de calamidades. Y aunque al principio pudo esperarse que alguno estaba destinado por Dios para su redención, vióse después que en la mitad de su camino le abandonaba la fortuna, de modo que, casi exánime, espera quien la cure las heridas, ponga término á los saqueos y robos de Lombardía, Nápoles y Toscana, y la libre de las plagas que ha tanto tiempo sufre.

Contéplese á esta desdichada Italia rogando á Dios que le envíe alguno capaz de redimirla de la cruel insolencia de los bárbaros. Véasela resuelta á seguir una bandera con tal que haya quien la enarbole.

Pero de nadie más que de vuestra ilustre Casa, tan favorecida por Dios y por la Iglesia, cuya dirección tiene ahora en sus manos, y que posee las virtudes y sabiduría indispensables para las grandes empresas, puede esperar Italia su redención. No le será difícil lograrla estudiando la vida y acciones de los grandes hombres citados, porque si estos hombres extraordinarios no aparecieron con frecuencia, al fin fueron hombres, y cualquiera de ellos tuvo ocasión menos propicia que la actual. No ha habido nunca empresa más justa ni más fácil, ni á nadie como á Vos ha protegido Dios. Toda guerra es justa cuando es necesaria, y es legítima la apelación á las armas cuando éstas son el postrer recurso de un pueblo. Las circunstancias son por demás favorables, y cuando la ocasión es oportuna, la dificultad no es grande, siempre que se sigan los ejemplos que, para tales casos, he citado. Además, se han visto las extraordinarias señales con que Dios expresa su voluntad: al mar dividir sus aguas, á una nube indicar el

camino, brotar agua de una roca y caer maná del cielo. Todo concurre á vuestra grandeza; lo demás, á vos toca hacerlo. Dios no quiere ejecutarlo todo, para dejar á nuestro libre arbitrio la parte de gloria que nos corresponde.

No es de admirar que alguno de los italianos antes citados no haya podido realizar lo que debe esperarse de vuestra ilustre Casa. Si en tantas revoluciones y en tantas guerras como ha sufrido Italia parece aniquilado el valor militar de los italianos, es porque la organización de los ejércitos antiguos no era buena y ninguno ha sabido reformarla. Lo que más fama da á un príncipe nuevo son las leyes é instituciones que establece. Cuando están bien fundadas y responden á grandes necesidades, le hacen digno de toda consideración y respeto; y no faltan cosas que reformar en Italia, porque si la masa de la nación es vigorosa, carece de buenos jefes. En desafíos y en contiendas y debates entre pocos la superioridad de los italianos en fuerza, destreza é ingenio es notoria; pero, formando ejércitos, para poco ó nada sirven, lo cual es culpa de los jefes. Los generales que saben su profesión, y todos creen saberla, son desobedientes, salvo el caso de aparecer alguno tan famoso por su valor y fortuna que los demás se crean obligados á obedecerle. De aquí que, en tantas guerras habidas en Italia durante los últimos veinte años, los ejércitos formados exclusivamente de italianos siempre han probado mal. Así lo demuestran primero la batalla del Taro; después las de Alejandría, Capua, Génova, Vaila, Bolonia y Mestri.

Si, pues, vuestra ilustre Casa quiere seguir las huellas de los hombres célebres que redimieron su patria, le es ante todo indispensable organizar un ejército nacional que sea sólido fundamento para cualquier empresa, porque no es posible que haya mejores ni más

fieles soldados; con la particularidad de que siendo cada uno de ellos bueno, todos juntos serán excelentes cuando vean que los manda, mantiene y recompensa su príncipe.

Es, pues, indispensable organizar ejércitos de esta clase para que el valor italiano luche contra los extranjeros; pues aunque la infantería suiza y la española tienen fama de incontrastables, sin embargo, en ambas hay defectos, y otra mejor organizada no sólo podría luchar con ellas, sino luchar con ventaja; porque los españoles no pueden resistir el choque de la caballería y los suizos temen á otra infantería que sea tan tenaz como ellos en la lucha. Así se ha visto y se verá por experiencia que los españoles no resisten el ímpetu de la caballería francesa y que los suizos son derrotados por la infantería española. Aunque de esto último no se tenga completa experiencia, lo indica un dato tomado de la batalla de Ravena, donde la infantería española combatió con la alemana, organizada de igual modo que los suizos. Aprovechando los españoles la agilidad de sus cuerpos y sus broqueles, penetraron entre las filas de los alemanes, y seguros estaban de acabar con ellos, sin que éstos pudieran remediarlo, á no librarles el ataque de la caballería francesa, que contuvo á la infantería española.

Conocidos los defectos de las dos organizaciones de infantería antes citadas, puede establecerse una nueva que resista á los caballos y no tema á los infantes, sin que esto se deba al empleo de nuevas armas, sino á la mejor organización. Reformas de tal índole son las que aumentan la fama y grandeza de un príncipe nuevo.

No debe perdonarse esta ocasión de que Italia, al cabo de tanto tiempo, vea aparecer su redentor. Imposible me es decir con cuánto amor, con cuánta efusión le recibirán en todas las provincias que han sufrido las

irrupciones extranjeras; cuánta será su sed de venganza, cuán obstinada su fidelidad, cuán abundantes sus lágrimas de agradecimiento. ¿Qué puerta se le cerrará? ¿Qué pueblo le negará la obediencia? ¿Qué envidioso le opondrá dificultades? ¿Que italiano rehusará obedecerle?

A todos hiede esta dominación de los bárbaros. Acometa, pues, vuestra ilustre Casa esta empresa con el ánimo y la esperanza con que se emprenden todas las que son justas, á fin de que á la sombra de su bandera se ennoblezca nuestra patria, y bajo sus auspicios se realice aquel dicho de Petrarca:

*Virtu contra furore
Prenderà l'arme; e fia 'l combatter corto:
Che l'antico valore
Negl'italici cor non è ancor morto.*

FIN DE «EL PRÍNCIPE»

EL ARTE DE LA GUERRA